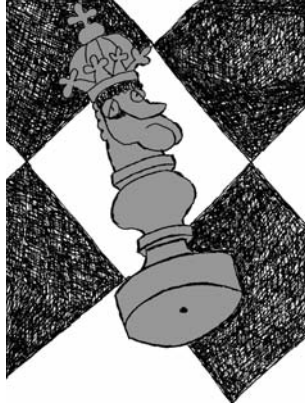


Jaque mate



Vázquez de Sola

JAQUE MATE



PRIMERA EDICIÓN DE TXALAPARTA
Enero de 2010

© DE LA EDICIÓN: Txalaparta
© DEL TEXTO E ILUSTRACIONES:
Andrés Vázquez de Sola

EDITORIAL TXALAPARTA S.L.L.
Navaz y Vides 1-2
Apartado 78
31300 Tafalla NAJARROA
Tfno. 948 703 934
Fax 948 704 072
txalaparta@txalaparta.com
www.txalaparta.com

DISEÑO DE COLECCIÓN Y CUBIERTA
Esteban Montorio
MAQUETACIÓN
Monti

IMPRESIÓN
Gráficas Lizarra S.L.
Carretera a Tafalla, km. 1
31132 Villatuerta - Navarra

ISBN
978-84-8136-569-6

DEPÓSITO LEGAL
NA. 237-10

txalaparta 

Sueña el rey que es rey, y vive
con ese engaño mandando,
disponiendo, gobernando;
y este aplauso, que recibe
prestado, en el viendo escribe,
y en ceniza le convierte
la muerte, ¡desdicha fuerte!
¿Que hay quien intente reinar,
viendo que ha de despertar
en el sueño de la muerte?

CALDERÓN DE LA BARCA

La vida es sueño

PRÓLOGO

UN ESCRITOR FRANCÉS DE FINALES DEL SIGLO XIX llamado Marcel Schwob escribió una bonita fábula, titulada *Le roi au masque d'or*.

En su reino, tanto el rey como todos sus súbditos debían ir enmascarados. Él, por supuesto, con máscara de oro y los demás como pudieran, pero siempre ocultando el rostro. Claro, él, siempre con su deslumbrante áureo antifaz, era el más bello, el más reluciente.

Un día tuvo la curiosidad de contemplar su careto, cuya belleza todos alababan sin verla. Se quitó la máscara y se puso ante el espejo. Lo que allí vio le horrorizó: las pústulas de la lepra le habían carcomido la nariz y los labios y lo que le quedaba de piel estaba tumefacto, verdoso y amoratado... Y es que, si les descubriéramos la cara a las Majestades, arrancándoles sus máscaras de oro, solo veríamos en ellos la podredumbre y la corrupción.

Hay otra leyenda de otro rey. Este iba totalmente desnudo, porque un sastre burlón le había ofrecido un soberbio manto de brocados y piedras preciosas, afirmando que solo las personas honradas y decentes podían verlo.

Todos sus ministros, dignatarios y banqueros del reino elogiaban sin moderación la belleza y elegancia del atuendo real.

Él también fingía verlo y estaba orgulloso cuando los nobles de la corte ponderaban su prestancia y el brillo de sus piedras preciosas.

Pero, un mal día, un niño inocente al ver pasar al rey, ufano, ridículamente majestuoso, mientras mostraba sus vergüenzas en medio de la guardia, gritó:

–¡Mira, el rey está desnudo!

Así se vio que el rey y toda su corte, no eran más que un atajo de farsantes sin escrúpulos.

Otro rey, Edipo, era ciego, porque no quería ver que era capaz de cargarse a su propia madre.

Al ponderar las vidas y milagros de los reyes, no podemos olvidar al rey sabio por antonomasia: Salomón. El único rey excepcionalmente inteligente, que se sepa. Salomón, pasó a la historia –sagrada– por decidir el despiece de un niño, del que dos mujeres pretendían ser madre, con objeto de entregar la mitad a cada una.

Aristóteles consideraba aceptable un rey, a condición de ser elegido por sus conciudadanos por ser el más preparado, el más justo, el más valiente, y con la condición de reinar en un pequeño territorio fácil de administrar y por un tiempo limitado.

Es decir, que para Aristóteles, el rey sería una especie de alcalde pedáneo, elegido, temporalmente, por sus conciudadanos, en virtud de sus méritos y al margen de influencias partidistas o de clanes.

Y es que, como hemos visto, los reyes, las monarquías, tal como las padecemos hoy día, no pueden llevar a los pueblos más que injusticia y corrupción, en beneficio de los privilegios de unos pocos.

Otrosí: Este librito que tienes entre las manos no se pretende un tratado histórico, sino un sucio panfleto incitador

a estudiar, seriamente, la Historia: la Historia, objetiva y contrastada, es aún más nociva para los intereses monárquicos que mi propio libelo. Vale.

CAPÍTULO I

FELIPE V

DESDE 1700 HASTA NUESTROS DÍAS, una familia de vinateros franceses, la familia Bourbon, trona y sigue tronando sobre el trono de España, siguiendo el chorro de reyes de España, tan españoles como lo fueron los españolísimos reyes de España de la familia habsburguesa, la dinastía predecesora de la borbónica en el reino de España.



Tal vez podamos preguntarnos: ¿es que en nuestro país no hay nadie que sepa hacer lo que hacen estos inmigrantes coronados? ¿Tan difícil es ser rey, que solo les está dada la práctica del *coroneo* a media docena de familias en toda la redondez de la tierra?

Carlos II, el último rey de España con el hierro habsburgués, era medio teutón, medio suebo, medio austriaco y un cuarterón francés. Ante la posibilidad de, a su muerte, dejar enfriarse el mullido trono, se planteó la posibilidad de endiñarnos a un miembro de una de esas cuatro o cinco camadas reinantes por esos mundos: un Bourbon. Le tocó a un nieto de Louis XIV de Francia apodado *El Rey Sol*, Philip de Bourbon, con quien esta ilustre ralea comenzó a bourbonear en nuestro país.

El preferido del franchute Luis XIV, *el Rey Solípedo*, para ocupar el puesto vacante de rey de España era Josef Ferdinand de Baviera, a quien ya había designado a dedo desde su palacio de Versailles.

No contaba *monsieur Le Soleil* con la astucia del teutón-suebo-austriaco-francés, nuestro buen rey Carlos II quien, barruntando su muerte y carente de descendencia por falta de tiempo y experiencia para hacer hijos, se las apañó para provocar un eclipse de Rey-Sol, dejando un testamento atado y bien atado, en favor del tal Philip de Bourbon, duque de Anjou. Al fin y al cabo, el Philip también era nieto de su Soleado abuelo.

Por otra parte, considerando que el pobre Josef Ferdinand no andaba bien de salud, no hacía sino procurar adelantar lo inevitable quemando etapas, como diríamos en nuestros días.

Efectivamente, enclenque y esmirriado, como ya no era un secreto para nadie, el pobre Josef Ferdinand no tardó en espicharla. Y como no hay mal que por bien no venga, Carlos II se salió con la suya entalegándonos por las buenas al

Philip de Bourbon, esquivando inútiles querellas con el viejo Luis XIV.

Philip de Bourbon no andaba mejor de salud que su fallido contrincante: era otro desgraciadito, disminuido psíquico, inútil para cualquier menester que no fuera el de reinar en España.

Pero, y ahí está el pero, se diga lo que se diga, un trono es un trono y a nadie le amarga un dulce. Leopoldo I de Austria, también preocupado por la felicidad y el bienestar de los españoles, había apostado por otro jamelgo ganador del trono de España: su paisano y pariente el archiduque Carlos –otro Carlos– y no estaba dispuesto a dejarse ganar, costase lo que costase.

Pretextos nunca faltan para hacer buenas guerras entre testas coronadas y testas coronables, sobre todo porque no son sus majestades quienes se destripan en el campo de batalla, sino un montón de ganapanes y destripaterrones, caídos al grito de viva el rey, sin saber siquiera quien es ese rey.

Como podía preverse, toda Europa se enfangó en una bonita guerra, bien sangrante y ruinosa, con el noble objeto de dotar a los españoles del mejor de los reyes posibles, en un mundo de paz y concordia.

De un lado, como ya sabemos, estaban los partidarios de que reinara sobre los españoles el austriaco archiduque Carlos. Del otro, los que preferían al francés Philip de Bourbon, duque de Anjou.

Por el archiduque austriaco se la jugaban los reinos de Dinamarca, Alemania, Inglaterra, Holanda, Portugal, Saboya... Al duque francés, lo apadrinaba la familia Bourbon con todos sus deudos y consejeros.

Al final, ganó el duque Philip d'Anjou, el predestinado por Carlos II, que, al fin y al cabo, era el dueño de la silla. A partir de ahora, al duque Philip d'Anjou, le llamaremos Felipe V de España. Suena mejor.

Las guerras de intereses entre familias terminan siempre, como debe ser, con un acuerdo que nadie puede rechazar. Se firmó el Tratado de Utrecht, en el cual se estipuló, como justa indemnización por los daños ocasionados en la Guerra de Sucesión a los reyes ingleses, holandeses, daneses etc., partidarios de dar a España un rey austriaco en vez de un rey francés, entregar, como finiquito de las hostilidades, los Países Bajos, Menorca y Gibraltar.

Hoy, Gibraltar sigue sumida bajo la bruma británica, mientras miles de turistas británicos se asan bajo el sol abrasador de las playas gaditanas que la rodean.

De las dotes intelectuales del rey Felipe V ya hemos hecho algún comentario, pero siendo legos en psiquiatría, mejor no aventurarnos a diagnosticar su padecimiento de esquizofrenia, paranoia, o simple cretinismo agudo.

El caso es que, a este primer Bourbon, convertido por la gracia de Dios en rey de España, le patinaban las meninges. El primero de toda una dinastía a la que también españolizaremos con el mal-nombre de Borbón.

Esto dicho, y dado que Dios favorece con sus bienaventuranzas a los pobres de espíritu, las Artes y las Letras florecieron bajo el reinado de Felipe V de Borbón.

A este Real Disminuido Mental, le debemos la creación de la Real Academia de la Lengua, la Real Academia de la Historia y un sinfín de Reales Palacios para su Real Esparcimiento.

Como no son concebibles las historias de príncipes y princesas sin bellas leyendas de amor, habremos de someternos a la tradición, incrustando en nuestra narración los dulces amores del soberano, felizmente culminados en suntuosa boda y festejos populares, con María Luisa de Saboya.

Previo a tan fausto himeneo, Felipe gustaba pasar horas y horas jugando a las muñecas con una linda *bámbola*, la Orsini. La princesa Marie Anne de Orsini fue un regalo envenenado de Luis XIV al pequeño Felipín, a sus 17 añitos.

Nunca sabremos si la recién casada reina María Luisa participaba en los juegos con la princesita o, inocente y comprensiva, dejaba jugar a su marido el rey a las muñecas, a los médicos o a la gallinita ciega. Lo malo es que la tierna y dulce Orsini-*Mogwai*, no tardó en convertirse en el cruel y trapisondista peluche Marie Anne-*Gremlin*.

No había negocio sucio, ni intriga palaciega, ni guarretería política en la que no estuviera mezclada la Orsini, siempre al servicio del rey de Francia, a la sombra del Rey Sol.

Hay, sin embargo, situaciones, dramas, leyes de vida, que ni las intrigas más astuciosas logran evitar: la Muerte.

Murió la Saboya, dejando a nuestro rey viudo, lloroso y sin más consuelo que su Orsinita.

En la vida, como en los romances de amor, los reyes y los ricos también lloran. Lo malo es que a los reyes nadie les deja vivir tranquilos su viudedad. A nuestro rey no lo dejaban aliviarla a su manera, jugando con la muñeca que los hados habían puesto entre sus brazos añorantes de cariño, o cazando moscas.

El cardenal Alberoni, la alcahueta purpurada, no cejaba en su empeño de hacer contraer nuevas santas nupcias a Felipe. Lo sigue a sol y a sombra y hasta lo más recóndito de su alcoba, con celestinajes casamenteros. La doña Inés de esta brígida cardenalicia, es Isabel de Farnesio, una reina de armas tomar.

Al final, el desgraciado Felipe hubo de claudicar. Se casó. La defecó.

Y he ahí el primer error garrafal y definitivo de la juguetona tejedora de intrigas Marie Anne Orsini: haber propi-

ciado las maniobras alcahueteras del Cardenal, dejándole meter la mano en la bragueta real.

Consumado el santo sacramento del matrimonio real con la Farnesio –en presencia, suponemos, de su Eminencia Reverendísima llevando el velón–, Isabel hizo gala de sus dotes de ama de casa. Zafarrancho de combate: limpió a fondo todo el Palacio Real, comenzando por la habitación de los juguetes de Su Majestad.

Por supuesto, el primer escobazo fue para enviar a tomar viento a la bella Orsini. Lo que exacerbó las dolencias mentales del soberano, multiplicando sus crisis de babeo, lloriqueo, moqueo y pataleo.

En aquellos tiempos, anteriores a los descubrimientos del doctor Freud, no se les ocurrió a los sacamuelas de palacio otra terapia para aliviar la real melancolía (eufemismo significativo de estupidez congénita, hereditaria y progresiva) que traerle de Italia a un cantante *castrato*, el gran Farinelli. Un grillo les hubiera salido más barato.

¿Fue el eunuco Farinelli quien le inspiró la idea? Misterio, pero un buen día, Felipe v de España, aburrido de cazar moscas, se sacó de las meninges, vía nariz, junto a una jugosa bolita, una idea un tanto machista y, en el caso concreto que nos ocupa, inútil para los intereses de su familia más cercana: la Ley Sálica (aún en vigor hasta nueva orden).

Efectivamente, no tenía ninguna necesidad de dictar esa ley machista para abdicar, como abdicó en 1724, a favor de su hijo primogénito, Luis.

Luis I, muerto prematura –aunque no imprevisiblemente– solo duró siete meses en la nómina de Culos sobre el Trono.

A la muerte de Luis I –el rey sietemesino– dada la lógica de la farsa monárquica, habida cuenta de la abdicación de Felipe v, la corona hubiera debido encasquetarse sobre la cabeza de Fernando, el hermanito menor de Luis, a la sazón príncipe de Asturias. Pero Felipe el Tramposo, que

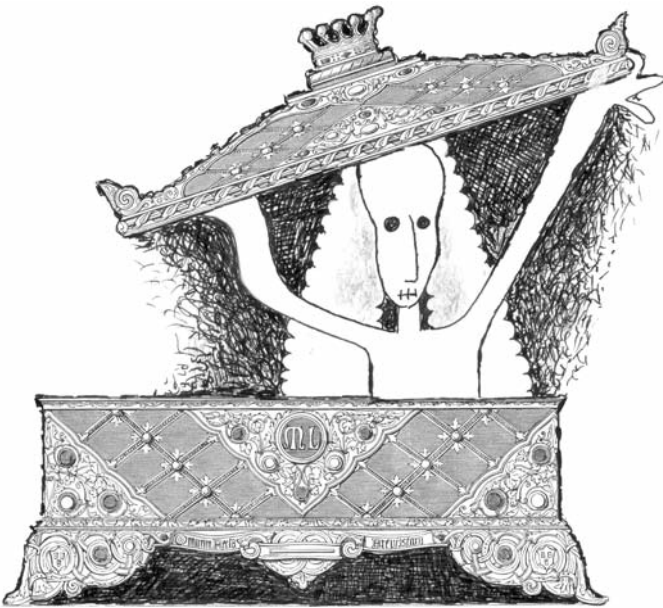
por lo visto no era tan oligofrénico como parecía –o era medio tonto, pero no tonto del todo–, se lo pensó mejor y le birló el trono al príncipe heredero, autoheredándose él a sí mismo.

El príncipe de Asturias, Fernando, dejándose embaucar, demostraría ser aún más tontuelo que su real papá. Normal, todas las familias endogámicas van degenerando paulatinamente.

CAPÍTULO II

LUIS I

DIFÍCIL ES PROSEGUIR DE FORMA CRONOLÓGICA la historia de este Felipe v y de Luis I, su hijo, pues, como no sé si he conseguido hacer comprender a mis queridos lectores, el viejo Felipe v se las apañó para cerrar, en un hermético paréntesis, los siete meses que duró la vida reinante de este Luis I en quien había abdicado... y que ahora nos ocupa.



Poco daño pudo hacer el cigoto Luis I durante los siete meses en que figuró como rey. Desde el Real Sitio de la Granja, se sentía zarandeado entre el tonto de baba de su real padre y la reina-madrastra, Isabel de Farnesio, mandona, intrigante y metomentodo.

¡Pobre Luis Primero! Debilucho de cuerpo y alma, hijo e hijastro de quienes ya sabemos y, para colmo de desdichas, la mujercita que le había caído en suerte, otra Isabel, la de Orleáns.

No puede decirse que la *orleana* se hiciera querer de su familia política: tenía la fea costumbre de suplir su falta de encanto personal, haciéndose la interesante y cometiendo gilipolleces a porrillo, lo que ponía a su suegrastra hecha una furia.

Siete meses no más fue rey el pobrecito, desde que su padre le prestara el cetro y la corona, hasta que se los volviera a quitar de las manos, forzando los dedos agarrotados por el rígor mortis, cuando las viruelas se lo llevaron a mejor vida.

A la muerte de Luis, cuando del cojín culero aún emanaba el cálido hedor del joven rey, les faltó tiempo a los majestuosos suegros de la viudita Isabel para, nada más echar la última paletada de tierra sobre la tumba de Luisito, devolverla a su papá el duque de Orleáns.

A cada puerco –con perdón– como bien dice el refrán, le llega su sanmartín. También le llegó la hora mala a Felipe Uve: murió de un atracón. Apoplejía, dicho finamente.

Fin de un re-reino, con entreacto incluido.

Entre tanto, en 1743, nacía el beato Fray Diego de Cádiz, el más facha de mis ilustres parientes.

CAPÍTULO III

FERNANDO VI

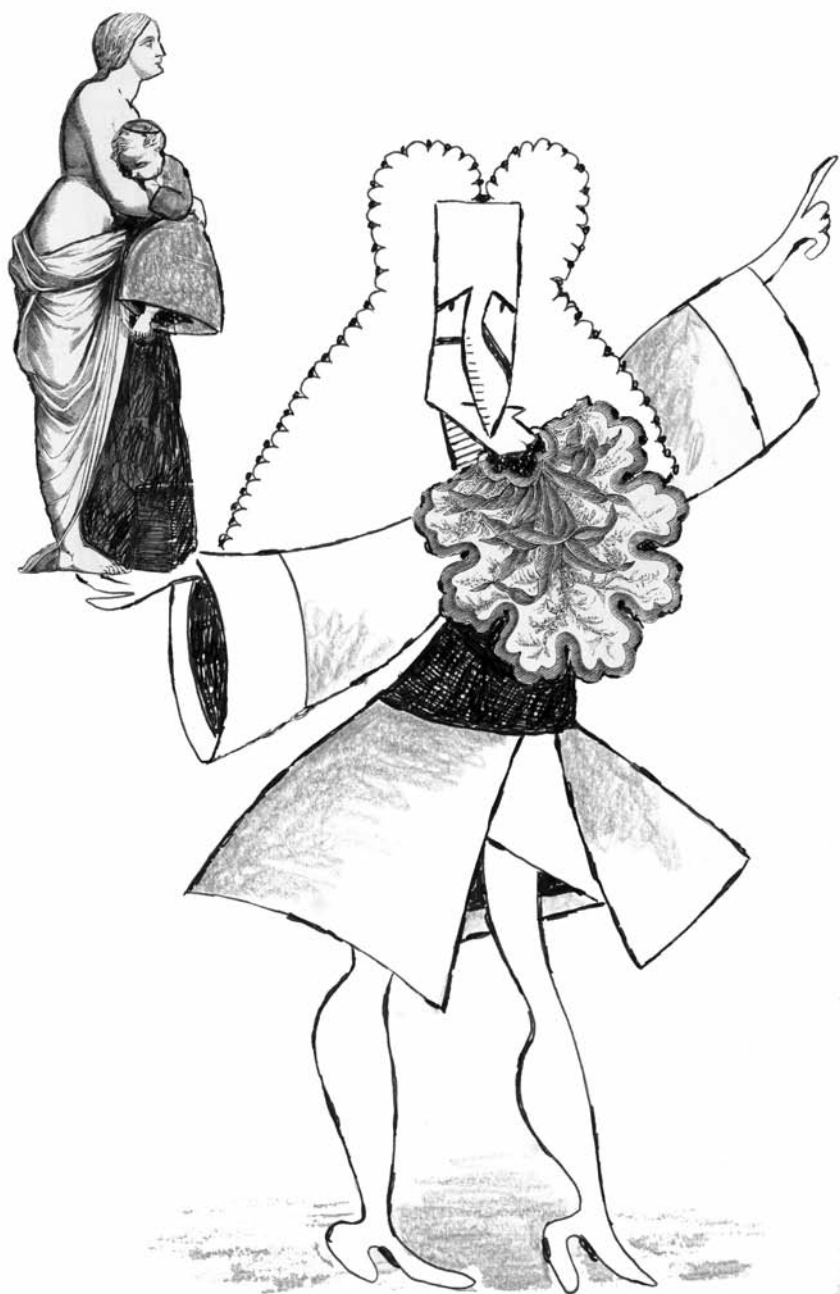
DESPUÉS DE CONSTATAR DE FORMA FEHACIENTE y sin ningún género de duda, el deceso del re-rey, no fuera a querer reen-gancharse otra vez después de muerto, el aurífero, ridículo e incómodo sombrero, símbolo del poderío monárquico, cubrió la mollera de Fernando, su segundo hijo, habido también con la Saboya.

A partir de entonces se apellidó Sexto. El mismo nombre con que se conoce y abomina las sucias y gratificantes prácticas que el decálogo divino condena. La coincidencia era puramente fortuita: él nunca tuvo afición a refocilarse pecando contra este sagrado precepto. Eso, se lo dejaba a un hermanastro, Luis, el cardenal, al que luego desollaremos.

No es preciso estar al tanto de chismorreos de familias ilustres para comprender que quien mandaba durante el reinado de Fernando VI, segundo sucesor de Felipe V, *El Reenganchado*, era su madrastra, ahora mangoneando al alimón con su hijo el cardenal Luis, hermanastro del coronado.

El hermanastro Luis (no confundir con el sietemesino del capítulo precedente) merece un parrafito.

Era fruto de las segundas nupcias de Felipe V con Isabel de Farnesio. Su madre, aparte las otras virtudes de las que





ya hemos dado cuenta, era una hormiguita. Ante la dificultad para proporcionarle a su hijito del alma un buen trono, se cameló a su santidad el papa Clemente XII, hasta lograr que lo nombrara cardenal, sin necesidad de pasar por el seminario, ni tan siquiera haber ejercido previamente de monaguillo.

Si tenemos en cuenta la edad del vástago real y aun contando con la inspiración del Espíritu Santo, hemos de reconocer que el muchacho estaba un poquirritín falto de experiencia en lo eclesiástico, lo cual es normal, puesto que solo contaba ocho años cuando le fue concedido el *capello cardenalicio*.

Bien le vino ser cardenal a esa edad, porque más tarde, en la adolescencia, se le despertaron tales pasiones amorosas, que, más que instintos carnales, semejaban ansias devoradoras de animal carnívoro, dándole a él aspecto de fiera

corrupia ensotanada. El buen clérigo se había convertido en un berraco depredador, obseso por la caza de hembras, la caza de bichos y la caza de doblones de oro.

Al final, harto de tanto trajín cinegético, sexual y financiero, el purpurado, después de haberse puesto morado, aburrido por las dificultades de arremangarse la sotana para tales menesteres, renunció al cardenalato y se seglarizó. Bien hecho. Siempre, eso sí, bajo las sayas protectoras de su santa madre.

Y es que madres no hay más que una.

Madrastras tampoco, digamos volviendo los ojos a nuestro amado monarca Fernando VI.

Habiendo muerto prematuramente todos sus hermanos mayores varones, y sus hermanas eliminadas de sus pretensiones a la corona por causa del *salicalismo* paterno, le tocó pues a Fernando la china de reinar. No por inteligente, ni mucho menos. La verdad sea dicha, Fernando, al igual que el resto de su gente, tampoco era un dechado de inteligencia. Será que el peso de la corona reblandece el cerebro.

Lo evidente es que el cretinismo, como el trono, es hereditario.

Para procurarse herederos al trono y al cretinismo, garantizando la marca, es preciso cruzar a los príncipes con hembras de la misma camada. A Fernando lo casaron, a la fuerza ahorcan, con doña Bárbara de Braganza.

Esta doña Bárbara, si se hubiera presentado a un concurso de belleza la habrían condenado a pagar una indemnización al jurado, por injurias al buen gusto. Era fea, gorda mórbida, fofa, con aspecto de batracio, picada de viruelas y aquejada de un consecutivo mal humor permanente.

Es evidente que, en esas condiciones, es difícil engendrar hijos, por muy buena voluntad, e incluso ayuda externa que se tenga. Fracaso total. Así lo reconocieron todas las

cortes europeas, deseosas además, todas y cada una de ellas, de colocar a sus princesas en paro.

La prematura muerte de Bárbara abre todas las posibilidades a quienes se interesan en buscar una reina ponedora, a la que dejar preñada. Pero no, el pobre y desconsolado viudo se vuelve aún más majareta y taciturno de lo que estaba. Uno se pregunta por qué.

La viudedad, con la agudización del cretinismo real, vinieron pintiparados para favorecer los designios de la reinamadrastra: la Saboya y el cardenalito supieron aprovechar las circunstancias para arremeter con más fuerzas contra el mermado monarca, haciendo y deshaciendo a su gusto.

En un raro momento de rara lucidez, Fernando se caló la corona hasta las cejas, cual boina lugareña y, Ceniciento Vengativo, envió a la malvada madrastra y al empurpurado hermanastro a freír espárragos al Real Sitio de la Granja. ¡Ole!

Las relaciones del monarca con la Santa Iglesia de Roma eran, al margen de las correrías de su hermanastro el cardenal, como Dios manda, excelentes. En 1753 culminaron con la firma de un Concordato, por el que la Santa Sede concedía a su católica majestad el Patronato Universal. ¿El Patronato Universal de qué? No hemos conseguido averiguarlo. Será, suponemos, algo concerniente a la vida eterna que se nos escapa, a cambio de buenos doblones. Como siempre.

A falta de un hijo que llevarse al trono, cuando vio aproximarse a la chata de ojos profundos, se trajo de Nápoles a su otro hermanastro, Carlos, tercer hijo varón de Felipe V, su padre y primogénito de su madrastra, Isabel de Farnesio, nombrándolo su heredero.

CAPÍTULO IV

CARLOS III

ESTE CARLOS, SUCESOR DE SU PREDECESOR, a pesar de lo *esmirriao* que era, tenía, según el lugar geográfico donde lo coloquemos, las más dispares combinaciones de uves y palitos. Era III en Madrid; I en Parma; VII en Sicilia...

Tan poquita cosa era, que nunca dejó de ser el monigote utilizado para los trapicheos y rivalidades entre las diferentes *Familias Rivales*, en constantes disputas por expandir sus influencias territoriales.

El primer distrito que se le encomendó, por herencia de la *mamma* Farnesio, fueron los ducados de Parma, Piacenza y Toscana, donde reinó, por las buenas. Luego, por las malas, en Nápoles y Sicilia. Más tarde, por su matrimonio con Amalia de Sajonia, también pudo meter la pezuña en Lituania y Polonia, en lucha contra Austria, defendiendo los *affaires* de su nueva Familia, asociando sus intereses a los de la borbónica franco-española.

Habiéndole sido acordado en suerte el reino de España, sus primeros siete años de españolización los utilizó en guerrear –no él, por supuesto, sino sus nuevos súbditos, los españolitos de a pie– contra el rey de Inglaterra, que le quería birlar –a él– su colonia de Honduras y a la *Familia de Francia* la suya de Québec.



Al cabo de años de masacres a tres bandas, con las correspondientes ruinas para muchos, enriquecimiento para pocos y gloria para la historia de monarcas y heroicos generales, los *padrinos* de todas las Familias acordaron en París un pacto, *que nadie pudo rechazar*, repartiéndose los territorios en pugna: Carlos cedió La Florida y el Golfo de Méjico, quedándose con La Habana, Manila y La Luisiana.

De oca a oca y tiro porque me toca, la familia Borbona decidió saltarse a la torera la paz pactada con la *English Family* y azuzar a los anglocolonizados del norte de América para que se independizaran. Mataban así dos pájaros de un tiro: debilitaban a la banda rival y recuperaban la Florida, afanando al propio tiempo, para el talego real, la isla de Menorca.

Nadie se escandalice: las guerras de rapiña e influencias territoriales, con sus dimes y diretes, sus alianzas y sus traiciones, no son sino el pan cotidiano en esta clase de raleas.

Por lo tanto, ayudar a las *Familias Emergentes del Norte de América* en sus agresiones preventivas en busca de futuros mercados, sigue siendo desde entonces la práctica de los cráneos coronados de nuestro país, a cambio de una protección cuyas bases se asientan hoy día en Torrejón, Rota, Morón...

Al margen de la protección que se nos ofrece desde el otro extremo del *Mare Tenebrosum*, el verdadero peligro, la amenaza terrorífica, la flamígera espada de Damocles, que nos viene acechando desde tiempo inmemorial, sin que nada ni nadie consiga librarnos de nuestros miedos, es la puerta infernal del *Mare Nostrum*.

En épocas prehistóricas, por esa estrecha puerta mediterránea ya fuimos invadidos por el africano Homo Sapiens y, desde entonces, se han venido infiltrando el cruel sarraceno, el pirata berberisco, el moro traidor: Almanzor, Aben

Humeya¹ y hasta, en nuestros días, nos amenaza el horrible terrorismo de algún Ben Laden.

El Moro, el eterno enemigo de nuestra civilización. Siempre nos ha acechado nos acecha y nos acechará, con aviesas intenciones.

Previendo, con sus prudentes dotes preventivas, el peligro que para la cristiandad representaba la piratería berberisca, Carlos III mandó edificar un sinnúmero de torres vigías a todo lo largo de las playas mediterráneas, como ahora se levantan muros de contención humana en Ceuta y Melilla, en lucha contra el «terrorismo islámico» de las pateras invasoras.

A la clarividencia españolizadora de Carlos III no podía ocultársele tampoco el hecho de que en nuestro país, coexistiendo con los autóctonos, había una raza de invasores solapados, subrepticios, rastreros, hasta el punto de confundirse con los verdaderos españoles, cristianos viejos: los Gitanos, la Raza Calé, los Romanís.

Tras sesudos estudios etnológicos, estadísticos y genealógicos, hubo de reconocerse la españolidad de estas gentes, por lo cual la sabiduría semántica, lingüística y *vocabulística* de nuestro buen soberano prohibió usar el apelativo «gitano», utilizado para señalar a estos individuos, amenazando con pesadas penas a quien osara nombrarlos con ese nombre, porque, para sus reales oídos, «gitano», era una palabra malsonante.

También dictó, con su real magnanimidad, unido al sentido estricto de la equidad, Pragmáticas, acordando otros muchos beneficios para la integración de estos nuevos-españoles-por-decreto, en su democrático reino de bienestar social.

A cambio solo se les exigía que se asentaran en algún pueblo, si las autoridades locales se lo permitían; así como

1.- El hecho de que estos dos terroristas islámicos hubieran nacido, uno en Algeciras y otro en Las Alpujarras, no cambia nada a nuestra historia.

la renuncia explícita a su lengua, a sus hábitos y a sus costumbres, pues, de no hacerlo así, se les cortarían las orejas, se les daría como siervos a un señor o se les ahorcaría.

A aquellos gitanos –con perdón, majestad, por la *parolacha*– que sumisos, hipócritas o astutos, consiguieron escapar del desorejamiento o la sogá, les debemos hoy la expresión artística más pura y más genuina del pueblo español: el cante flamenco.

Las Sabias Pragmáticas de Carlos III son, dicho sea en su honor, el ancestro de nuestras actuales leyes de extranjería.

Es sabido que los demás españoles, los de tez más pálida, tampoco se libraban de este ilustrado déspota. Para sus fechorías italianizantes se rodeó de una cohorte de ministros y consejeros venidos directamente de la real pizzería napolitana. Su *consigliere* y hombre de mano, en quien delegó todos sus poderes, fue nada menos que:

Il signore marquesse d'Esquilache

Un ilustre satirista, Ignacio Díaz de la Serna lo retrató así:

Yo, el gran Leopoldo Primero,
marqués de Esquilache augusto,
rijo la España a mi gusto,
y mando en Carlos Tercero.
Hago en los dos lo que quiero,
nada consulto ni informo
a capricho hago y reformo,
a los pueblos aniquilo,
y el buen Carlos, mi pupilo,
dice a todo: «¡Me conformo!».

Con el genial intelecto de Esquilache todo problema se resolvía o se soslayaba sin la menor dificultad. ¿Hacía falta más dinero para sufragar las guerras entre Familias rivales? No importa: Esquilache incrementaba los impuestos, liberalizaba al alza los precios de los alimentos y propiciaba el



mercado negro de los productos de primera necesidad, siempre en beneficio de los especuladores y, por supuesto de los intereses del real clan.

También consiguió pingües beneficios para las arcas reales *ludopatizando* a los incautos españoles, con la implantación de la Lotería Nacional. De ilusión también se vive.

A medida que las faltriqueras reales se iban llenando con estos tejemanejes, las manos ávidas de los artesanos de muerte súbita, las Fuerzas Armadas, las iban vaciando para atender a sus obligaciones «humanitarias». A tal punto llegó la necesidad de arramblar con todas las riquezas del país, que –¡Colmo de colmos!– hasta los santos bienes eclesiásticos hubieron de ser controlados.

Caro le salió a Carlos III. La tres veces santa Iglesia Católica Apostólica y Romana no perdona sino en el confesionario y en cuanto concierne a la vida eterna.

En el siglo es otro cantar. La ocasión la pintan calva. Fíate de la virgen y no corras.

Dado que ni las costumbres de los gitanos ni las de los otros españoles, mal llamados payos, les parecían adecuadas al soberano ni a su Corte, sobre todo en lo concerniente a la vestimenta, al *signore* marqués de Esquilache se le ocurrió la feliz idea de prohibir el uso del sombrero de anchas alas, así como el de la hidalga capa española, la *pañosa*, lucida siempre por nuestros románticos, nuestros chulos, nuestros caballeros y nuestros toreros.

Los discípulos de Ignacio de Loyola, agarrando la ocasión por un pelo y obedeciendo al principio de que «el fin justifica los medios», removieron el río revuelto del descontento popular, armando la marimorena *ad maiorem Dei gloria* y de nuestro casticismo folklórico.

Dios también sabe castigar con palos y piedras. Los designios de la Iglesia, como los de su Divina Coartada, no son tan inescrutables como dicen. Los palos y piedras caídos

sobre Esquilache fue la *Amanda Honorable* impuesta al Estado sacrílego por su pecado de lesa apropiación de ese pequeño porcentaje del Sagrado Botín Eclesiástico arrebatado a la Iglesia.

Con su pecado, Carlos, el de los tres palitos, hubo de cumplir la penitencia, viéndose obligado a dar la patada de Charlot a Esquilache y a la mayoría de los otros payasos italianos, tras lo cual se rodeó de otros peeles españoles, que no lo hicieron mejor.

No obstante, para probar nuestra objetividad y en honor a la verdad, hemos de aclarar que, como todo soberano que se precie, Carlos III, según sus panegiristas, «protegió las Artes y las Letras». Aunque no pueda decirse que transitaran por su mollera los graves Negocios de sus Reinos, pues si ha pasado a la historia, aparte sus hazañas bélicas, ha sido como un simple alcalde del poblachón manchego llamado Madrid. Su principal preocupación en el gobierno de su territorio era la circulación de los carruajes, la limpieza de las calles y la fragancia de los jardines matritenses.

Vivió, beatíficamente feliz, 72 años, longevidad envidiable por aquel entonces, hasta la aparición de La Pelona, el 14 de diciembre de 1788.

CAPÍTULO V

CARLOS IV

ALLÍ DONDE LA PIZZA SE CONFECCIONA CON ANCHOAS y alcaparrras escuchando *belle canzonette*, mientras la aborregada y abigarrada turba de turistas asciende al Vesubio en lírico funicular, en Nápoli, nació, en 1748, otro rey de España: Carlos IV.

Traidor, vendepatrias, calzonazos, cobarde, cornudo-consentido, perjuro, vago y maleante, intentó seguir los buenos ejemplos de su padre y predecesor, pero su padre, al menos, tenía dotes de alcaldable. Él, ni eso.

A su inepticia se unía el canguelo provocado en todas las familias reinantes por la Revolución francesa. La secuela de humillaciones y pérdida de credibilidad de su primo, el chaquetero Luis XVI, cuya máscara cayó junto a su cabeza en el cesto del verdugo, salpicaba a toda la putrefacta realeza europea.

Ante tan dramático desbarajuste, nuestro Carlos IV no encontró nada mejor, para evitar lo peor, que encargar al marqués de Floridablanca reprimir cualquier desmadre que pudiera hacer vacilar su corona, junto a la calabaza que le servía de peana.

Floridablanca exprimió sus meninges, buscando solución a los problemas más acuciantes y preocupantes, pretexto y razón del descontento popular. Al fin dio con la solu-



ción: haciendo honor a su nombre, dio con la galante y delicada idea de igualar los derechos femeninos a los privilegios masculinos.

La encarnizada lucha contra el machismo, a la que siempre se han adherido, con razón, las mujeres y los hombres conscientes, se limitó entonces, bien es verdad, a salvaguardar los derechos de las princesas reales con respecto a sus aspiraciones al trono, aboliendo la Ley Sálica, tan perjudicial para las féminas como beneficiosa para los varones. Una especie de Ley de Paridad de Géneros, exclusiva para los miembros y las *miembras* de la Familia Real, lo cual es justo, aunque para ello y solo para esta noble causa, sea necesario cambiar las constituciones cuando las hay.

Por algo se empieza.

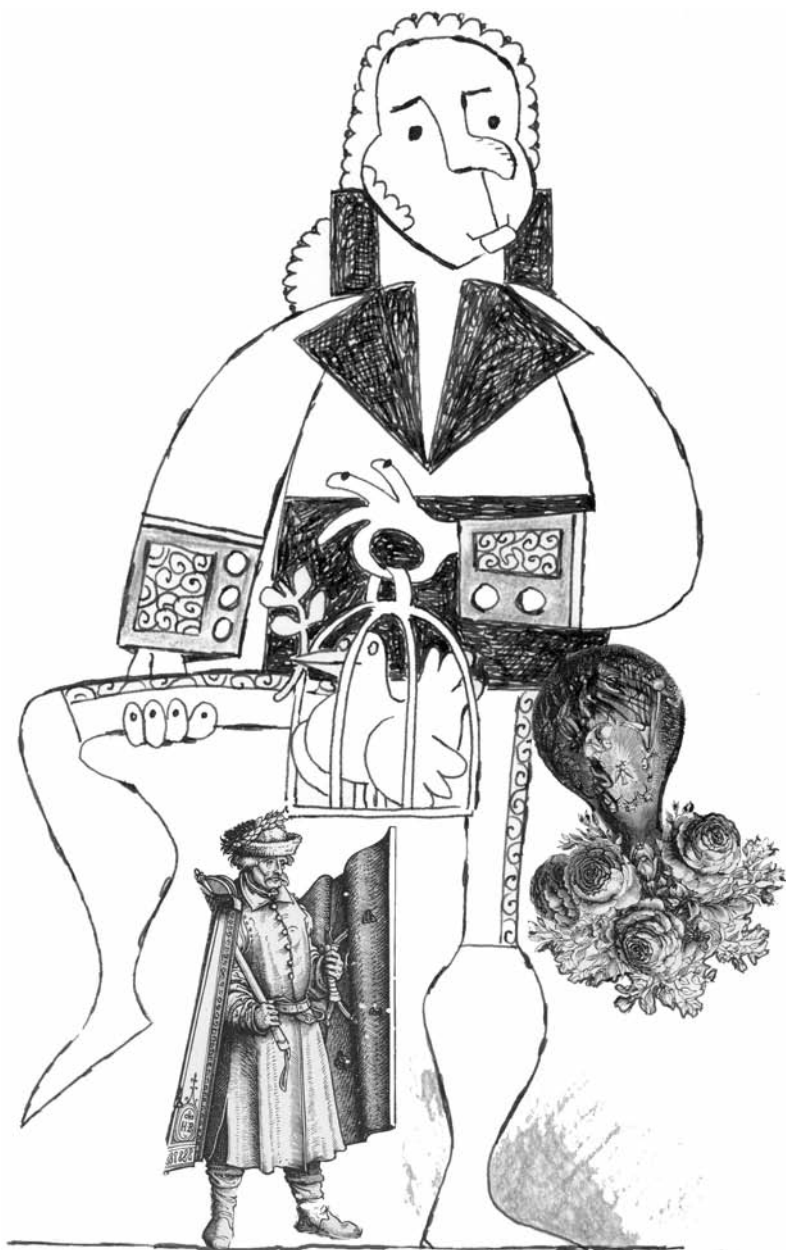
El machismo proverbial en nuestro país no llegó a comprender lo importante que, para paliar los problemas de los sufridos españoles, tenía la abolición de la Ley Sálica.

Floridablanca cayó, por la ley de la gravedad de la situación.

Se sucedieron nuevos gobiernos –si podemos llamarles así– con Aranda, Saavedra, Jovellanos, hasta dar con el inclito Godoy.

Hablemos de Godoy

Si pensamos en Misiones de Paz, Gloriosas Cruzadas, Ayudas Humanitarias y otros servicios rendidos a la comunidad internacional, así como en el entendimiento entre los pueblos, no podemos dejar de rendir tributo de agradecimiento y admiración a Manolito Godoy, *Príncipe de la Paz*. Sobre todo, porque su ejemplo ha sido seguido por todos y cada uno de nuestros gobernantes. Las historias –bélicas– se repiten. Todos ellos, desde la mal llamada Izquierda a la



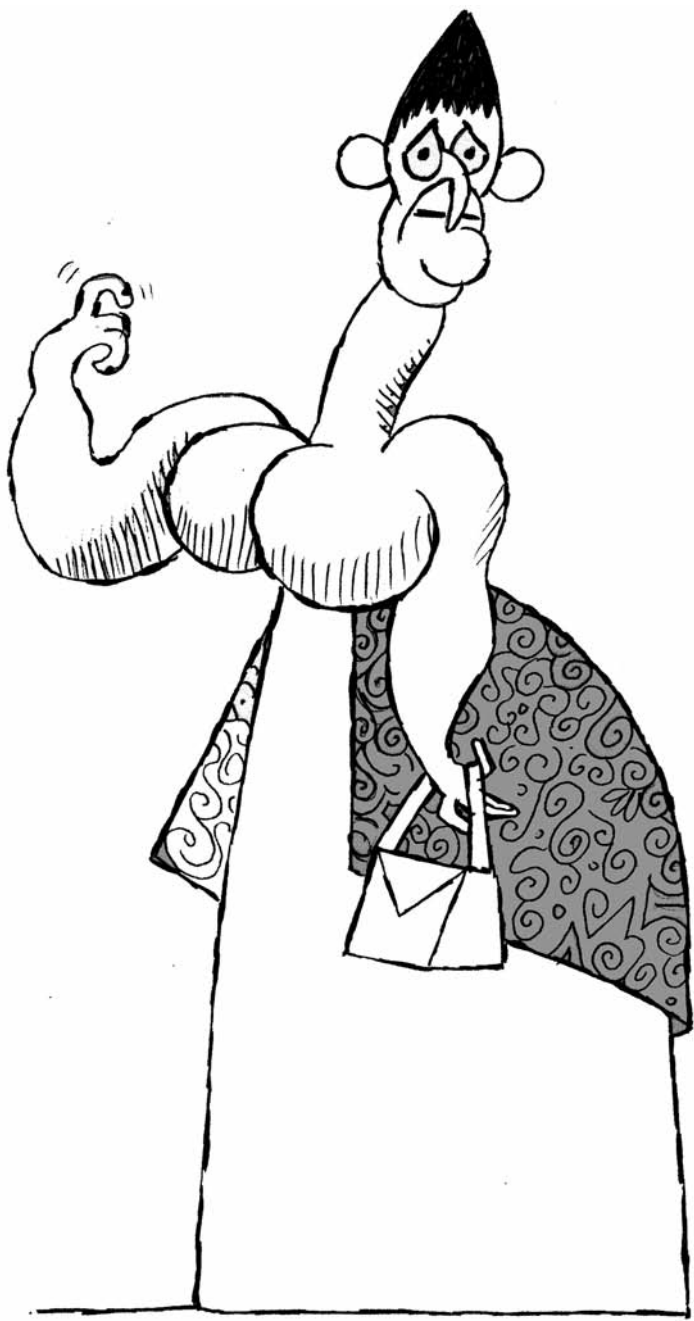
empedernida Derecha y viceversa, merecerían ser nombrados, como él, príncipes de cada una de las paces consecutivas tras finalizar cada contienda.

No obstante, seamos justos, el incomparable valor político al que debe su fama Godoy, no es únicamente su encarnizada y meritoria lucha en pro de la paz del mundo, siempre en el bando de los «buenos», tal hizo, a las órdenes de los franceses contra los portugueses en la Guerra de las Naranjas; también con los gabachos contra los ingleses; bajo el mando de los británicos contra los galos, y siempre obedeciendo a unos y a otros, del lado de la Justicia y la Razón, según lo exigían los intereses de la egregia Familia, aunque fuera al precio de arruinar y diezmar a los sufridos súbditos. La gloria de este joven extremeño, se debe sobre todo a haber escalado, aunque no en solitario, el muslo derecho de su majestad la reina doña María Luisa.

Ante tal hazaña, digna de un campeón de todas las categorías de fornicio en Alto Lecho, Carlos IV, el complaciente y aliviado esposo de María Luisa, decidió premiar al meritorio joven, de apenas veinticinco años, con el cargo de primer ministro y el Toisón de Oro. Ya ella le había concedido su propio y recóndito Vellochino.

Quien haya observado detenidamente el famoso cuadro de Goya titulado *La familia de Carlos IV* habrá comprobado cómo el gran maestro retrató la belleza y el encanto femenino de doña María Luisa y la majestuosidad de toda la regia parentela.

Dada la faceta caricaturesca del ilustre aragonés, alguien podría suponer en el cuadro una cierta tendencia hacia ese arte grotesco. Pero no. Ellos pagaban y Goya no tenía más remedio que complacerlos sacándolos guapos. Imaginen cómo serían. Y habrán de reconocer, calibrando el discutible atractivo y feminidad de la soberana, el inconmensura-



ble mérito de este joven diestro de corridas en catre. El Dios Príapo protege a los suyos.

Inicia nuestro Godoy su carrera política dentro y fuera del tálamo real, interviniendo cerca de las autoridades francesas con objeto de evitar la ejecución de Louis XVI, pero sus indiscutibles encantos físicos se estrellan contra el muro de virilidad de un gobierno de *sans coulottes*, integrado por salvajes revolucionarios, todos machos. Nada que hacer.

Tras la catártica ejecución de Luis XVI en el tablado instalado en la Plaza de La Concordia de París, la *vendetta* de la Familia no se hizo esperar. España, ni corta ni perezosa, declaró a la Revolución francesa una guerra sin cuartel, de la que salimos, por supuesto, trasquilados.

Pero claro, los negocios son los negocios y las Familias, aunque sean espurias, siempre pueden llegar a acuerdos beneficiosos para ambas y los grandes de este mundo siempre caen de pie. Hacen las paces, se dan cuatro besitos y se preparan para la próxima charranada.

Godoy volvió, el rabo –con perdón– entre las piernas, después de haber firmado, bajo trágala, los tratados de Brasilea y San Ildefonso.

Aun así, los franchutes no lo perdonaron; le cogieron tirria a este niñato, a quien ellos consideraban un *petit gigo-lo* y exigieron a María Luisa se las apañara con otro guape-
ras que le rascara las cosquillas.

No contaban con la real desgana de Carlos IV. Él le tenía ley al muchacho, estándole agradecido por ahorrarle el más desagradable de sus deberes regios –no diremos cual, por si hay niños delante– y quiso guardarlo discretamente a su sombra.

Durante un par de años, un delicado *flou* artístico ocultó a Godoy de miradas indiscretas, al cabo de los cuales, volvió a los focos de la Historia, nuevamente en su puesto de primer ministro.

Entre tanto, franceses e ingleses no dejaban de amarse y odiarse un día sí y otro no, con España siempre de por medio.

No habiendo aún escarmentado de sus incómodos vecinos de ultra Pirineos, el Príncipe de la Paz se enroló con ellos y, haciendo honor a su pacífico título nobiliario, decidió atacar a la pérfida Albión.

Los revolucionarios regicidas franceses y los devotos monárquicos españoles acabaron poniéndose de acuerdo para caerles a bombazos a los reyes de Inglaterra y Portugal, nuestros enemigos irreconciliables, por aquel entonces.

Entre trancas y barrancas vamos llegando a 1805, momento cumbre en la historia de nuestro Godoy.

Seguíamos al paio de *la France Eternelle*, cuando Napoleón, en virtud de los pactos bilaterales suscritos entre Francia y España, decidió instalar bases de utilización conjunta no lejos de Rota.

Con la noble misión de liberar a la mujer británica de los horribles sombreros impuestos por sus salvajes tradiciones, dieciocho navíos franceses y quince españoles, treinta y tres en total, zarparon del puerto de Cádiz.

Dos días más tarde, el pérfido Nelson, contando solo con veintiocho, hundió la mitad de los barcos aliados, llegando a cargarse limpiamente a dos mil trescientos sesenta y seis marineros españoles, incluyendo a los almirantes Gravina y Churruca y a tres mil cuatrocientos noventa y cuatro franceses.

Ingleses «solamente» murieron mil doscientos catorce, entre otros el propio Nelson.

¿Qué importancia podía tener que perdiéramos unos cuantos barcos y dos mil trescientos sesenta y seis marineros o reclutas? ¿Íbamos a contabilizar los picos palas y azadones usados para enterrar a nuestros muertos? ¿Podíamos regatear a nuestros aliados nuestros sacrificios y pérdidas

en hombres y dinero? No, la generosa hidalguía de nuestros mayores nos ha enseñado a saber perder, para que nuestros aliados ganen. Así puede constatarse consultando lo estipulado en el Tratado de Fontainebleau.

Conclusión: tal vez, si Godoy hubiera hecho solamente el amor y no también la guerra, la pléyade de príncipes de la paz que han seguido su ejemplo en cuanto a alianzas bélicas en pro de la paz, no hubieran llevado España a la situación de euforia, plenitud, bienestar, prosperidad y, sobre todo, paz, que hoy disfruta.

Paz, que aún nos sobra para exportarla a cañonazos humanitarios.

Volviendo a la Familia

El contubernio Borbónico-Napoleónico permitió al emperador invadir España, pacíficamente, con el falaz pretexto de atacar Portugal, —¡era nuestro aliado!—, sin que, ni ejército, ni clero, ni nobleza, ni burguesía ni el *sursum corda* hicieran nada por impedirlo, sobre todo considerando que las tropas francesas traían en la punta de sus bayonetas, libertad, prosperidad, comida rápida, refrescos y películas de vaqueros. Ilustres afrancesados como Blanco White o Moratín, lo confirmarían.

Fernandito, el príncipe de Asturias, tan mono él de la mano de su mamá en el goyesco retrato familiar al que hicimos referencia, decide oponerse a la patria potestad para intentar birlarle a su augusto padre el chiringuito. Aprovechando las buenas circunstancias que le ofrecían los malos presagios, atrapó la mosca por el rabo, raptando a su padre el rey, así como a su augusta madre la reina y al administrador mayor del Gustirín Materno, Manolo Godoy.

Ni llantos, ni amenazas, ni respeto al cuarto mandamiento, que ordena honrar padre y madre –omitiendo toda referencia a los amantes de las madres–, su negativa a liberarlos era rotunda: no cedería hasta que papá no se aviniera a abdicar en su favor.



Napoleón Bonaparte

Al fin, hubo de soltarlos cuando Napoleón lo decidiera así, ordenándoles, al propio tiempo, se rindieran ante su presencia.

Obedientes, iniciaron viaje a Francia, en amor y compañía, todo el clan, incluido el bello valido. Entonces y solo entonces, el culo dolorido por el traqueteo de la carretera y la vista nublada por el polvo del camino, aceptó el valeroso monarca Carlos IV abdicar en favor de Fernandito, su hijo bienamado. De perdido al río.

Una vez en Bayona, el pobre Carlos, medio preso, medio exiliado de lujo, dijo aquello de «donde digo digo no digo digo, sino digo diego», reabdicando ahora en favor de Napoleón, quien pudo permitirse el capricho de regalar a su hermano Pepe Botella el trono que, trasportín incluido, tan dignamente había venido ocupando la real y *Bourbonique Familia*.

La verdad sea dicha, pese a quien pese, no ha sido, ni muchísimo menos, el peor de los reyes que ha sufrido España. Manque nos duela.

La querencia a los corrales llevó a Carlos IV a morir en Italia, su patria. Y en Roma, entregó a su Creador el poco espíritu que tenía, después de haber sumido a España en guerras, fracasos, hambre, penurias, ruinas, ignominia, corrupción, en alianza con otra Familia, la napoleona, sentando a Pepe Botella en el trono de España y, a la postre, con otro reyezuelo, tan cobarde, tan mezquino, tan criminal, tan traidor y tan rastrero como él lo fuera: su hijo Fernando, rey de segunda mesa, por la gracia de Napoleón Bonaparte.

Corría el año de desgracia 1819.